El libro de Raymond L. Williams, profesor de la Universidad de Colorado en Boulder, constituye el primer estudio panorámico sobre la novela colombiana en aparecer desde 1957, cuando Antonio Curbelo Altamar publicó su *Evolución de la novela en Colombia*, que ha sido de obligada referencia durante varias generaciones. No hay duda de que, entre los estudiosos extranjeros de la literatura colombiana, Williams fue el primero en reconocer la vitalidad de su narrativa, especialmente la novela, a la que antes había dedicado ya un buen número de artículos y varios libros. Uno de ellos, *Una década de la novela colombiana: la experiencia de los setenta* (Bogotá: Plaza y Janés, 1981) identificó y relacionó entre sí a un dinámico grupo de escritores que, contra viento y marea, creaban una literatura que no se parecía, ni quería parecerse, a la de esa borrasca tropical llamada García Márquez, que en su momento eclipsaba a todos los demás narradores colombianos. Ahora en este estudio muestra Williams que la novelística colombiana se remonta por lo menos a 1844 (fecha de publicación de *Ingermina o la hija de Calamar*, obra de Juan José Nieto), y que bien la historia de la novela colombiana no es susceptible de enfocarla bajo la teleología implícita en el título de Altamar ("evolución"), si es posible, y en realidad harto fructífero, enlazar la dispersa novelística colombiana. Williams ha escogido el enfoque que le da título a su trabajo: novela y poder político.

Los parámetros críticos empleados en este trabajo son bastante útiles y convincentes: 1. Las relaciones entre escritura y poder político. La noción central es que en Colombia la literatura es ideológica. 2. Escritura y oralidad. Williams rastrea cómo la novelística colombiana se mueve desde una oralidad prevaleciente en muchas de las obras del s. XIX, hasta su desplazamiento casi total en el período moderno de la novela colombiana. 3. La división del país en "regiones semiautónomas" en lo cultural. Este criterio le permite dar cuenta de procesos literarios bastante difíciles de enfocar si se depende de una concepción unitaria de la literatura nacional o del país mismo. Williams distingue cuatro regiones, y después de dar un repaso a sus diferentes contextos políticos, económicos y culturales, analiza su producción novelística.

El primer criterio es bastante afortunado ya que, al superar la visión de una obra como producto independiente de su entorno social y político, el autor relaciona cada una de las novelas que discute (unas 170) con el conflicto básico de la sociedad colombiana: el de las luchas entre liberalismo y conservadurismo (desde el momento de la Independencia) por definir el país según dos modelos básicos: la Arcadia helénica conservadora y católica, continuadora de todas las tradiciones ibéricas, y el contraproyecto Liberal utópico y modernizante.

En la primera parte de su estudio, Williams analiza el contexto histórico
y político de la producción novelística del país. Allí se establece cómo en la literatura colombiana la literatura es poder, y siempre lo ha sido, comenzando con los primeros escritos en el país. Por ejemplo, con relación al Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada (aprox. 1567), Williams apunta que

Allí se demuestra la relación entre el poder político y la escritura, desde los orígenes de las letras hispanoamericanas (p. 26). Hay una excelente cita del presidente Alfonso López Michelsen (1974-1978) según la cual la presidencia de Colombia siempre ha sido el más elevado premio para sus escritores (p. 75).

También ofrece Williams una tesis que es bastante novedosa y, al parecer, completamente acertada: en Colombia, los valores de clase social relacionados con la creatividad literaria han tenido como una de sus características que la poesía haya sido práctica literaria confinada casi que de manera exclusiva a las élites sociales, mientras que la narrativa ha sido practicada por clases menos prominentes en lo social y en lo económico. Por su parte, la actividad crítica ha sido ejercida por críticos conservadores, en todo caso, "lo que es irrefutable es que la oligarquía colombiana no produce novelistas" (p. 43). En cuanto a la poesía, los ejemplos son evidentes, en especial en lo que respecta al siglo pasado (Arboleda, Pombo, Núñez, Silva); en este siglo, la escritura ha sido la ruta que ha llevado al poder político (Valencia, M. F. Suárez) o en su defecto, a la cooptación (Eduardo Carranza).

La segunda parte, "La novela en su región", parte de la premisa básica de que en Colombia no se puede hablar de un proyecto nacional definido y cohe-
hecho que se acentuó por la difusión de los programas de televisión por todo el país y antes por los programas de radio, medios a los que Colombia accedió bastante temprano. Por tanto, afirma Williams,

desde mediados de la década de 1960 es cada vez más difícil ver la novela colombiana a partir de los contextos regionales (p. 245).

Los escritores estaban para entonces no solamente inmersos en la cultura escrita, sino también vinculados más a los movimientos literarios internacionales que a las tradiciones de cada región (p. 245).

En esta parte estudia Williams con especial detenimiento el impulso moderno de García Márquez, y el gesto posmoderno de R. H. Moreno Durán, ejemplificado en los juegos de lenguaje de Los felinos del canciller (1985). También se pasa breve revista a otros exponentes de la escritura posmoderna en Colombia: Albalucía Ángel, Andrés Caicedo, Marco T. Aguilera Garramuno, Rodrigo Parra Sandoval.

A lo largo del libro, el objetivo explícito de Williams ha sido
dar una visión panorámica de la novelística colombiana de 1844 a 1967.

Para hacer esto, una vez sentados los parámetros teóricos que utiliza, procede a estudiar con especial detalle algunos textos centrales a cada una de las cuatro regiones de las que se ocupa. Así, para la región del altiplano, Manuela (1858), Diana cazadora (1915), La nordyge (1942) y El buen salvaje (1966) son los textos seleccionados co-
de la alta oralidad de Manuela, la novela de Eugenio Díaz (1858). Es decir, la circunstancia de que esas dos novelas hubiesen sido escritas con unos cuantos años de diferencia esconde el hecho de que, básicamente, esos dos textos son el producto de diferentes sistemas literarios en una nación que hoy llamamos Colombia (y que llamaban Confederación Granadina en aquella época).

Algunos otros aspectos en los que quizá haya divergencias son: el enfoque binario con relación a la oralidad. En algunas instancias el énfasis pasa de "oralidad" a "escritura" como si la transición fuese automática o plena; lo mismo es cierto con relación a los problemas de tradición o modernidad: ciudades que eran "tradicionales" en 1900 se presentan como "ya" modernas unos cuantos años más tarde (como por ejemplo Cali, p. 203), cuando en verdad estos procesos son bastantes demorados y desiguales tanto en el tiempo como en el espacio (aunque esto se reconoce al acudir a la división del país en entes regionales) y, de hecho, no han terminado aún. Por último, en un país que se preció de ser el estandarte del catolicismo, la Iglesia ha sido parte muy importante de ese poder que el estudio de Williams anuncia en el título. Hubiese sido deseable que este aspecto tuviera un mayor énfasis, y que se hubiese enfocado a lo que ese poder ha significado con relación a la literatura en Colombia. Estas son, sin embargo, observaciones que no le restan méritos a ninguno de los muchos logros de este estudio. En total, aquí tenemos la obra de referencia básica sobre la novela colombiana.

Gilberto Gómez Ocampo